

# La espuma de los días

## La XELA, un paraíso perdido

José de la Colina

Pushkin se preguntaba: “¿Dónde se está mejor?”, y se respondía: “En otra parte, siempre en otra parte”. Quizá sin conocer la frase, el muchacho Pedro Miret, allá por los años cincuenta y desde Acapulco, donde aburridamente vacacionaba, le enviaba al muchacho Juan Almela (todavía no transformado en Gerardo Deniz) un telegrama de una línea: “Ganas de volver a Ciudad de México para oír la CHELA”.

Y es que para Miret, para Almela, para mí, y para tantos de nuestra generación y de las cercanas, la CHELA, es decir la XELA, era un paraíso al alcance del oído. Era, en la radio, la justificadamente autollamada Estación de la Buena Música Desde México, un vario jardín sonoro que flotó en las ondas de la radiotelefonía sin hilos desde el 5 de julio de 1940 hasta el 31 de diciembre de 2001 en que la gran fotógrafa Paulina Lavista, hija del autor musical Raúl Lavista, me asestó en correo electrónico la mala noticia: *¡La XELA ha muerto!*

¡Muerta la CHELA! La noticia me entristeció como si acabaran de morir mi niñez y adolescencia. Herido de nostalgia, recuerdo cómo a mediados de la década de los cuarenta, tal vez en días en que aún crepitaba terminalmente la Segunda Guerra Mundial, yo, a los diez u once años de edad, me levantaba por la noche de la cama y sigilosamente, para no despertar a mis padres, iba al comedor y prendía la radio (una de aquellas de madera, de bulbos, de cuadrante iluminado como una ventanita de luz amarilla) y, sintonizándola en bajo volumen, pegaba a ella el oído y la escuchaba por más de una hora pasando con el girar del dial de una estación en otra. Y así, una noche, por azar, oí a un locutor anunciar el *Concierto Varsovia* con voz elegante y algo pomposa (que



en la XELA sería la misma durante muchos años y que la reconocería inmediatamente si la oyese hoy).

Y gracias a la XELA, y desde elseudorrachmaninoviano *Concierto Varsovia* de Addinsell y otros fáciles asuntos musicales (¡ah, aquella *Suite del Gran Cañón* de Grofé, con su hollywoodense tormenta y con la ridícula imitación del paso de una mula!; ¡ah, aquellos tan melódicos como folclóricamente empalagosos *Esbozos caucásicos* de Ivanov!), trasbordé, en la escala de los gustos, a Tchaikovski, Saint-Saëns, Dvořák, Rimski-Korsakoff, Rachmaninov, y desde estos, y para siempre, a Mozart, Beethoven, Schubert, Chopin, Brahms, Debussy, Ravel, Stravinsky, Bartók, etcétera, y gocé de la gran música pianística española: Albéniz, Granados y Falla (sólo les faltó, creo, radiar frecuentemente al maravilloso Mompou), y además gusté de obras de los que considero, valga el oxímoron, como “pequeños

grandes”: Chausson, Delius, Elgar, Gershwin, Revueltas, Villa-Lobos, Schönberg, Satie, etcétera. No olvido algunas delicias suspiradas: el *Soupir* de Liszt precisamente, ni *The Lark Ascending* de Vaughan Williams, ni el *Adagio* de Barber, y los sombríos vales mexicanos, para mí entre los más bellos del género... etcétera, etcétera. Tampoco puedo dejar de evocar la emoción, equiparable a la de mi descubrimiento paralelo de la XELA y la música, con que oí el *Poème* de Chausson, interpretado al violín como nadie volverá a hacerlo por Fritz Kreisler en un concierto *recorded live from a BBC broadcast on 19/1/1948*, versión que, quizá por el crispado “ambiente de época”: primeros años de la posguerra, prefiero sobre otras técnicamente mucho mejor grabadas.

Es decir que la XELA, con su cotidiano *Concierto de las Tres de la Tarde*, con su *Hora Sinfónica de la Medianoche*, cuyos patrocinadores eran respectivamente una cerveza y un ron, fue mi iniciadora en el amor al “arte al que aspiran todas las artes” en tiempos que yo carecía de recursos para adquirir tocadiscos y discoteca y para asistir a los conciertos..., aunque alguna vez lograba, con mucha peripezia, colarme a los del Palacio de las Bellas Artes.

A la XELA, bendita sea, ¡y que vuelva!, le debí además el comienzo digamos literario de mi pequeña (aunque tal vez bastante presentable) cultura musical, pues regalaba a sus fieles oyentes el libro *Invitación a la música*. Aún tengo ese manualito redactado entre Noel Lindsay y Salvador Novo, editado por Bacardí y Cía. e ilustrado con viñetas en las cuales los retratos de compositores alternan con dibujos de instrumentos musicales y botellas de ron de la marca famosa. **U**